

INTRODUCCIÓN

Donde se explica por qué la verdad, contrariamente a lo que podría creerse, corre toda suerte de imprevistas aventuras

Este libro va dirigido a los principiantes en materia de filosofía de cualquier edad. Su objetivo es facilitar el acceso a las voluminosas, y en ocasiones impresionantes, obras filosóficas fundamentales. Para conseguirlo, es necesario seguir dos o tres reglas. Empezaremos por descartar el vocabulario inútilmente complicado, pues bien podemos exponer asuntos complejos sin utilizar palabras rebuscadas. Debemos tener claro que los filósofos no son extraterrestres, sino hombres que viven en el mismo planeta que nosotros, experimentan las mismas emociones y sufren las mismas pesadillas. No debemos creer que las ideas forman un mundo aparte, y sí recordar que están entrelazadas en la vida de los seres humanos, hijos de su tiempo y de su tierra, que tuvieron que combatir la indiferencia, la calumnia y la estupidez, hasta el punto de dejarse la piel en la lucha.

Empezaremos entonces por considerar a los filósofos de otro modo. No, no son teóricos fríos, personas austeras ajenas a las realidades humanas. Si como es evidente existen varias maneras de leerlos y de entrar en su mundo, yo prefiero la que toma en consideración sus relaciones con su época, con sus emociones, con su escritura. No vacilaremos en hacer hincapié en los aspectos que nos sorprenden o nos indignan, que suscitan nuestro entusiasmo o nos enojan. No permitiremos que el aburrimiento se instale en este libro. Ahí tenemos unas cuantas pautas para empezar.

¿QUÉ HACEN LOS FILÓSOFOS?

Queda por especificar a qué podemos llamar «filosofía». Si admitimos que las personas que se dedican a ella son personas como las demás,

¿qué hacen, pues, de particular? Se preocupan por averiguar si lo que pensamos es verdad o no. Su trabajo consiste en buscar eso que se da en llamar «verdad», y en acertar a definirla. Sin embargo, ésta es una definición que exige algunas puntualizaciones.

Todo el mundo tiene ideas, todo el mundo piensa. Todos tenemos creencias, convicciones. Cada persona forja unos razonamientos, reflexiona acerca de su propia suerte o destino, se pregunta por la condición humana. ¿Debemos concluir entonces que todo el mundo es filósofo? ¿Que todos los seres humanos hacen filosofía, como monsieur Jourdain, que escribía prosa sin saberlo?

En medio de esta actividad general de la inteligencia humana, ¿qué es lo que distingue de manera singular a los filósofos? ¿Piensan de una manera especial? Sí. Pues si bien todo el mundo tiene ideas, los filósofos lo que hacen es examinar las suyas. Todo el mundo piensa, pero los filósofos lo que hacen es dar vueltas a lo que piensan para someterlo a prueba, examinarlo, elegir. El rasgo característico de los filósofos es justamente éste: que piensan en sus pensamientos.

Podemos llamar a ese movimiento «reflexividad», un término que significa sencillamente «retorno sobre sí mismo», «examen de lo que se cree y de lo que se piensa». Podría muy bien ser éste el núcleo de la actividad filosófica. ¿En qué consiste dicho examen? Definirlo nos ayudará a comprender claramente de qué estamos hablando.

Sócrates comparaba su trabajo con el de su madre, que era comadrona. Decía que él era partero de las mentes, mientras su madre lo era de los vientres de las mujeres. Muchas veces se ha recordado esta analogía de Sócrates extrayendo las ideas de la cabeza de su interlocutor de la misma forma que, al final de la gestación, se extrae al niño del vientre de su madre. Sin embargo, la afirmación de Sócrates encierra un sentido más complejo. Efectivamente, se suele olvidar que las comadronas de aquellos tiempos sometían al recién nacido a ciertas pruebas. Éstas consistían en remojar a la criatura en agua muy fría, prueba que las criaturas más enclenques no resistían. El objetivo era conservar únicamente a los niños más robustos. Estas prácticas y planteamientos hace mucho que están en desuso.

No obstante, este detalle ha de servirnos para comprender que para Sócrates lo importante no era «extraer» las ideas de la cabeza de otro, sino «someter a prueba» dichas ideas una vez que habían salido. Se trata de averiguar si resisten el golpe, si son coherentes o si no son más que viento, ilusiones de saber, falsas ideas que no resisten la mínima objeción.

Existe una diferencia esencial entre «tener ideas» y «someter estas ideas a prueba». Lo característico de los filósofos es comprobar las ideas, averiguar si poseen alguna coherencia y solidez o si encierran algún tipo de vicio de forma, o algún error que las haga inviables.

Descartes compara la selección de nuestras ideas con la de un cesto de manzanas. Para conservar exclusivamente las buenas, descartando las que están macadas y empiezan a pudrirse, es preciso vaciar todo el cesto, colocar las frutas encima de una mesa y examinarlas una por una. Eso es precisamente algo que hace un filósofo, y que nosotros no hacemos nunca espontáneamente: vaciar su cabeza, poner todas sus ideas encima de la mesa, observarlas una por una para determinar cuál de ellas ha de descartar y cuáles merecen conservarse.

Repitémoslo: en filosofía no se trata de pensar sino de examinar cómo se piensa, ni de tener ideas sino de pasarlas por el tamiz y examinarlas para comprobar si son sólidas. Este detalle introduce una distinción entre los que practican este ejercicio llamado reflexividad y quienes se quedan en un pensamiento inmediato, espontáneo, irreflexivo. ¿Cómo cruzar esta frontera? ¿Cómo se pasa de lo espontáneo a lo reflexivo, del pensamiento inmediato al que se examina? Dicho de otro modo: ¿cómo entramos en la filosofía?

¿Se hace mediante un recorrido gradual? ¿O se hace etapa tras etapa, de forma que de una a otra se abandona el mundo común y los errores habituales hasta llegar al reino del discernimiento, de la verdad, de la claridad lógica? ¿O se trata, por el contrario, de un cambio radical que se produce de golpe, de manera completa a través de una única transformación sin que intervenga ningún tipo de progreso? Es factible imaginar otras posibilidades. Por ejemplo: el mundo de la mirada y del discernimiento filosóficos estaría siempre ahí, en nosotros, perfectamente presente, a nuestra entera disposición, pero nosotros ignoraríamos que lo poseemos; no podríamos acceder a él, no estaríamos en condiciones de descubrir directamente lo que de hecho ya tenemos.

Estos temas ya estaban sobre la mesa en la Antigüedad griega y romana. La conversión hacia la filosofía no supone cambiar nuestros ojos por otros, sino cambiar la dirección de la mirada. Por naturaleza tendríamos en nuestra mente la capacidad de acceder a la verdad. Si nos extraviáramos es porque no estamos buscando del lado correcto, es porque estamos mirando hacia otro punto. No se trata de introducir la verdad en el alma sino de volver el alma hacia la verdad.

UNA RELACIÓN ESPECIAL CON EL TIEMPO

La entrada en la filosofía es un enigma que se repite de manera continua, permanente, que se renueva de forma sucesiva. De otro lado, es una característica de los problemas filosóficos, salvo contadas excepciones: los problemas duran, se reconstruyen y se transforman de una época a otra, en lugar de desaparecer por un cambio de perspectiva o sencillamente porque se han resuelto al dar con una respuesta definitiva. Ello implica una relación con el tiempo muy especial. Acabo de citar a Sócrates, que vivía en Atenas, hace dos mil quinientos años, de recordar un ejemplo de Descartes, que vivía en Holanda hace cuatrocientos cincuenta años, como si hubiesen hablado esta misma mañana...

Desde este punto de vista, existe una diferencia radical entre las cuestiones científicas y las cuestiones filosóficas. Excepto los historiadores de las ciencias, nadie se interesa ya por los problemas de los físicos del siglo V a.C., de los astrónomos de la Edad Media o de los matemáticos del siglo XVIII. En cambio, los interrogantes que conciernen a la moral, a la lógica, al conocimiento, a la política o a la estética tal y como fueron planteados hace veinticinco siglos conservan un cierto grado de pertinencia, siguen vigentes y mantienen incluso su vitalidad.

La temporalidad filosófica se caracteriza por esta forma de presente constantemente renovada. Los siglos transforman las perspectivas, pero no tienen el mismo impacto sobre las cuestiones filosóficas como sobre otras cuestiones. En este punto los filósofos se hallan mucho más próximos a los escritores, artistas o músicos, que a los sabios, intelectuales o técnicos. Eurípides, Sófocles, Shakespeare o Dante siguen impresionándonos. Cuando escuchamos la música de siglos pasados experimentamos una emoción comparable a la de sus contemporáneos. Con los filósofos sucede lo mismo.

UNA FILOSOFÍA PARA TODOS

Entre los temas que nunca han dejado de estar vigentes hasta hoy hay que mencionar la apertura de la filosofía. Es antigua la querrela entre una concepción elitista de la filosofía, que la reserva a algunas «almas de oro», y un concepto abierto que la confía a la mayoría. En el diálogo de Platón titulado *Menón*, Sócrates no vacila en plantear un problema de geometría a un pequeño esclavo, es decir, a un niño sin cultura. El niño, como es de esperar, se equivoca con la solución. Sin embargo, en cuanto

se le ofrece una explicación adecuada, comprende en qué se ha equivocado y reconoce como verdadera la explicación correcta. Si no poseyera capacidad para discernir lo verdadero de lo falso, no entendería siquiera dónde está su error, ni reconocería como exacta la demostración correcta.

Descartes, en su *Discurso del método*, subraya que «el buen sentido o la razón, es decir, la capacidad de discernir lo verdadero de lo falso, es la cosa que hay en el mundo mejor repartida». Esto significa que cada persona, siempre y cuando utilice esa capacidad que ya posee, puede llegar a ser filósofo. «Ser filósofo» no implica forzosamente ser un genio, descubrir algo nuevo o inventar un sistema inédito.

Pensemos en las matemáticas, en la música o en el deporte. «Ser músico» puede significar ser un compositor genial o un niño que empieza a practicar la escala musical. «Ser deportista» puede querer decir ganar una medalla en los Juegos Olímpicos o sencillamente entrenarse regularmente. «Ser matemático» significa recibir la medalla Fields, el equivalente del premio Nobel, o bien resolver problemas elementales en la escuela. Del mismo modo, «ser filósofo» es llamarse Aristóteles, Spinoza, Kant, Hegel o Nietzsche o realizar un examen coherente de las propias ideas.

¿Es realmente algo tan sencillo? ¿No debemos tener en cuenta también que la filosofía ha adquirido complejidad a lo largo de su historia? Las obras filosóficas son más técnicas, más heterogéneas, más densas, por lo que se encuentran relegadas en el gueto de los especialistas. Las obras de la mayoría de filósofos son comparables en la actualidad a los tratados de matemáticas, de física o de química, en el sentido de que poseen un grado de tecnicismo que dificulta el acceso a una mayoría de profanos. Es exactamente así. No obstante, sigue habiendo una diferencia importante entre el filósofo y el científico.

Jean-Toussaint Desanti, filósofo y matemático, comprendió bien esta circunstancia. En *Le Philosophe et les pouvoirs [El filósofo y los poderes]*, explica una diferencia radical entre el filósofo y el físico. Si he entendido bien su planteamiento teórico, el físico podrá decirme justificadamente: «Ve a las clases, trabaja en la biblioteca, aprende de qué va la cosa y luego, dentro de unos diez o quince años, volvemos a hablar». El filósofo, por el contrario, aunque sus obras fuesen extraordinariamente difíciles, no podrá esquivar las preguntas del hombre de la calle. De modo que no podrá decir: «Aprende primero y luego veremos».

Porque el filósofo no puede desposeer a su interlocutor de su pregunta, ni frustrarlo guardando silencio. Debe soslayar la jerga técnica e

intentar explicarse. El filósofo siempre ha de poder decirle a quien no sabe nada: «Yo me ocupo de esto». Y aunque no todo puede explicarse y formularse en lenguaje corriente, sí ha de poder decirse lo esencial con las palabras que nos son comunes a todos. De lo contrario, algo esencial de la filosofía se habría perdido.

LAS AVENTURAS DE LA VERDAD

En los próximos capítulos me he propuesto describir las aventuras de la verdad. Al menos, las principales aventuras en el ámbito del pensamiento occidental. Como es inevitable decantarse por determinadas opciones, esta breve historia prescinde deliberadamente de numerosos detalles a fin de despejar determinadas perspectivas, que voluntariamente están restringidas al pensamiento europeo. Hemos dejado de lado por el momento las obras filosóficas dentro del ámbito de la cultura china, india, tibetana, hebrea, árabe o persa. Sin duda, era legítimo incluirlas, pero las cuestiones por resolver eran ya demasiado arduas y desbordaban el marco de este libro.

Con tales premisas he decidido, partiendo de los materiales reunidos en los veinte primeros volúmenes de la serie «Le Monde de la philosophie», tomar como hilo conductor de esta breve historia las diferentes perspectivas relativas a la cuestión central de la verdad. Ya que si los filósofos buscan la verdad, se preocupan por pensar en la verdad, rechazan las ideas falsas y las fuentes de error, es preciso, evidentemente, guiarse por esta perspectiva esencial. Si averiguamos de qué modo evolucionan los objetivos y los métodos de la búsqueda de la verdad, podremos entender mejor qué mueve a los filósofos, desde la Grecia antigua hasta nuestros días.

La preocupación por la verdad siempre ha estado entreverada en el trabajo de los filósofos. Lo hacen cuando tratan de comprender cómo se organizan sus pensamientos, de qué modo se organizan los discursos que mantienen, pero también cuando examinan hacia qué objetivos tiende el poder, o qué puede significar la violencia. O también cuando preguntan de dónde surge el terror, cómo funciona el amor, qué significan la felicidad o la paz.

Aquí tenemos algunos ejemplos de estas aventuras de la verdad. Se ha planteado la cuestión de si reside en el cielo o en la tierra. ¿Ha sido revelada por un mensaje divino transmitido a los hombres? ¿O por el contrario no es más que una realidad humana, construida paso a paso

por nuestra mente? ¿Es objetiva, independiente de nosotros o relativa a nuestros dispositivos intelectuales y a nuestras capacidades mentales?

¿Dónde reside la verdad? ¿Fuera de nosotros? ¿Dentro de nosotros? ¿En Dios? ¿En las cosas del mundo? ¿En las evidencias más simples o en las teorías más complicadas? ¿En la razón o en el corazón? ¿En la eternidad o en la historia? ¿En el individuo o en la colectividad? En torno a estas preguntas y algunas otras se han construido y ramificado numerosas reflexiones. Sin olvidar, naturalmente, las que cuestionan la idea misma de verdad.

¿Es la verdad tan solo una ilusión? ¿Una historia que los seres humanos se cuentan, una especie de fantasmagoría? ¿Una tela que hemos tendido sobre el mundo para convencernos de que lo dominamos? ¿La verdad no debería ponerse bajo sospecha? ¿No debería ponerse en entredicho, como sospechosa de ocultar una voluntad de dominación, so capa de querer nada más, y objetivamente, «conocer»? Al examinar estas preguntas vemos que los filósofos le han reservado a esta idea otras aventuras.

Es hora de ver cuáles.